

Conferencia de unidad

LKI - EMK

2

Sumario

I. Mirando hacia atrás	
Los cambios sociales y políticos la sociedad vasca en los últimos quince años . . .	5
II. La sociedad vasca de los noventa	
Perspectivas de la lucha nacional	23
III. Mirando al futuro	
Por la liberación nacional de Euskadi. Por la plena emancipación de sus hombres y mujeres.	41

I

Mirando hacia atrás

Los cambios sociales y políticos de la sociedad vasca en los últimos quince años

Nuestra mirada crítica sobre la sociedad vasca no tiene en cuenta solamente los rasgos principales que la caracterizan en la actualidad. O aquellas tendencias sociales predominantes que nos permiten atisbar algunas claves de los próximos años. Sino que toma además como punto obligado de referencia la profunda crisis que la sacudió de arriba abajo a la salida del franquismo.

Estimamos que nada de cuanto hoy ocurre en la sociedad vasca se puede comprender de manera satisfactoria sin tener muy en cuenta los elementos más sobresalientes de aquella crisis. De un lado, porque se ve una sociedad que cuestiona algunos de los fundamentos más sagrados del orden social vigente, lo cual denota la existencia de unos problemas de gran envergadura. Y, de otro, para advertir que la sombra de dichos problemas pesa poderosamente en la actualidad, pese a los cambios acontecidos desde entonces.

1. Se da una crisis de identificación de la sociedad vasca con la fórmula unitaria en el Estado español heredada de su historia anterior.

Se manifiesta en especial en la explosión del sentimiento de alteridad frente a España, frente al hecho de que se nos considere españoles por la fuerza. Otra cara de lo mismo es la proliferación de los símbolos de afirmación de una personalidad nacional diferente. También se advierte en el incremento del apoyo social de las ideas en favor de la independencia de Euskadi.

El resultado del referéndum sobre la Constitución, en 1978, es un síntoma relevante del disentimiento del pueblo vasco con las fórmulas que se le ofrecen. Algunas expresiones de dicho disenso se revelan entonces con una intensidad y extensión desconocidas. Así, el sentimiento de que las Cortes Constituyentes no quieren recoger unas aspiraciones de autogobierno respaldadas por la mayoría de la

sociedad vasca. O la idea de que formamos parte de una unidad forzada. O la convicción de carecer de soberanía, de ser un pueblo «ocupado» por un aparato represivo exterior y ajeno al pueblo vasco,

2. El impacto social de la crisis económica. Algunos de los indicadores económicos denotan la profundidad de una crisis de la economía que afecta a la gran mayoría de la sociedad. Así, el descenso del PIB con un -0,3% acumulado entre 1975 y 1985 frente al crecimiento del 2,1% en el Estado español en ese mismo período. O que en esos años se pase de una economía de pleno empleo a unas tasas altísimas de paro estructural con una fuerte disminución o destrucción de empleos: del 2% de paro en 1975 al 24% en 1985.

En esos años se resiente la posición socioeconómica de las Vascongadas. Se produce un fuerte descenso de la renta per capita, el retroceso de su status colectivo en comparación con otras zonas del Estado, la pérdida de su capacidad de captar inversiones, etc. Con todo, la crisis afecta más negativamente en Bizkaia y Gipuzkoa que en Araba y en Nafarroa. En Araba se da una menor destrucción de empleo y, a partir de 1985, una mayor recuperación económica. Mientras que en Nafarroa, los indicadores no llegan al mismo grado de gravedad y el impacto de la crisis es menor.

Esta situación produce un descontento generalizado en el grueso de la sociedad vasca. Y pese a darse con intensidades distintas en unas u otras capas sociales, tal insatisfacción es un dato inseparable de la hondura que alcanza la crisis social y política a finales de los años 70 y primeros de los 80. La crisis económica crea un clima favorable a la radicalización social. En buena medida legitima las opciones más radicales: a grandes males, grandes remedios. Y refuerza otras manifestaciones de la crisis político-nacional que se dan en esos años.

3. El déficit de legitimación democrática en Euskadi del nuevo régimen democrático-parlamentario que sucede al franquismo. Y en especial de su aparato coactivo: las FOP, la BPS, la Guardia Civil, el Ejército. Todo él está marcado ante la sociedad vasca por la condición de ser unos aparatos heredados del franquismo sin depuración alguna. Y, de otro lado, por ser la expresión más tangible —junto a la bandera española— del carácter exterior del Estado.

El impresionante apoyo popular que alcanza la consigna «¡que se vayan!» a finales de los años setenta es un dato elocuente. Pone en evidencia el fracaso del Estado en un terreno tan fundamental para su eficaz funcionamiento como es el de reclamar que el conjunto de la población legitime el monopolio del uso de las armas por parte de sus aparatos coercitivos.

A través de la deslegitimación de su aparato coactivo, al que se niega todo carácter democrático, es el propio Estado español quien queda también deslegitimado, pese a haberse transformado en un régimen democrático parlamentario.

4. Una profunda crisis nacional. Pese al cambio democrático, el hecho de que la nueva Constitución española no recoja algunas aspiraciones populares muy extendidas en los últimos años del franquismo produce una gran frustración nacional. Sobre todo en estas cinco cosas:

- 1) la soberanía reside en la nación española de la cual Euskadi es una parte subordinada;
- 2) el territorio español es «indivisible» y no cabe la autodeterminación de una parte de él;
- 3) la separación institucional de Navarra;
- 4) el rango subalterno del euskara, y
- 5) una autonomía fuertemente limitada por la propia Constitución.

En esas circunstancias se produce un ascenso en general de las opciones nacionalistas, como registran las sucesivas elecciones. O su otra cara, el descrédito de las opciones que no operan únicamente en el ámbito vasco. Estas últimas quedan automáticamente deslegitimadas ante buena parte de la sociedad bien por no ser reconocidas como parte del nacionalismo vasco o bien por su carácter antinacionalista-vasco y españolista. Y hasta el nacionalismo moderado favorece el clima de descontento nacional, ya que se encuentra sumamente incómodo por las restricciones constitucionales al autogobierno vasco.

5. La pujanza de la movilización social. A la salida del franquismo la sociedad civil expresa con gran vitalidad sus aspiraciones político-sociales. Aunque predominan las motivaciones nacionales, sobre todo por las reivindicaciones dejadas de lado por la Reforma política, la movilización popular adquiere un carácter integrador y multicolor, apoyando múltiples causas.

Expresión de ello, son algunas manifestaciones tan notables como la marcha de la libertad en el otoño de 1977, la oposición a Lemóniz que dura varios años, la lucha feminista a favor del derecho al aborto, la identificación con el euskara en actos multitudinarios como el «*Bai Euskarari*», o las durísimas luchas obreras contra la reconversión salvaje de buena parte de la industria vasca, entre otras.

6. Un factor de primer orden, en parte el efecto más radical de la crisis nacional vasca y en parte causa de que ésta se acentúe, es la resistencia armada. Su legitimidad para sectores amplios de la población sigue basándose en el prestigio ganado en la lucha antifranquista. Pero la crisis en que se halla la sociedad vasca a la salida del franquismo, así como la debilidad del Estado en ese momento, permiten que las organizaciones armadas vascas obtengan un papel más relevante.

Primero, como protagonistas políticos en la denuncia de las tibias medidas de reforma del franquismo. Las organizaciones armadas, debido a su intensa actividad, consiguen un alto grado de incidencia en los acontecimientos políticos. En segundo lugar, influyendo decisivamente en la recomposición de fuerzas que se produce en ese momento en el seno de la izquierda radical.

En los primeros años de la Reforma, la acción de las organizaciones armadas y el auge de la movilización popular favorecen un ritmo político crecientemente desigual entre Euskadi y el resto del Estado, en un nivel superior al que ya hubo bajo el franquismo.

La utilización de la acción armada se consolida en estos años como un rasgo destacado del movimiento de oposición radical. A la presencia de ETA-m y ETA-pm, se unen en abril del 1978 los Comandos Autónomos, así como Iraultza en junio de 1981. Esta ampliación, más allá de sus diferencias y conflictos, da fe de la preocupación de una parte del movimiento radical por aprovechar lo positivo de la lucha armada y por diversificar su orientación. Supone, de otro lado, una disminución de las tradicionales controversias existentes en el movimiento radical vasco acerca de la acción armada.

En esta actividad armada, que despliegan fundamentalmente ETA-m y ETA-pm, hay rasgos parcialmente novedosos y que influirán en el futuro.

Así, por ejemplo, las iniciativas desplegadas en estos años alcanzan un volumen incomparablemente superior a las llevadas a cabo durante el franquismo. Tan sólo en el año 1980, las acciones de ETA son más numerosas que las realizadas bajo el franquismo. Las organizaciones armadas, en esta época, muestran una fuerza que influye en la recomposición del régimen que está teniendo lugar. Pero además le acarrea la exigencia de mantener un nivel de presión muy alto y el aumento vertiginoso del número de presas y presos.

Los blancos contra los que golpean las organizaciones armadas vascas, en lo que hace a personas, también registran ciertas variaciones. A lo largo de la lucha antifranquista las acciones mortales van dirigidas, en su gran mayoría, contra policías y personajes del aparato del Estado acusados de destacar en su labor represiva y antipopular. Sus objetivos son, pues, bastante discriminados. Desde 1977, en cambio, se amplían a todo miembro del aparato represivo. Habida cuenta la conciencia existente en sectores muy mayoritarios de la población vasca acerca del carácter represivo de esos cuerpos franquistas, las repercusiones en ella no aparecen muy claramente, pero no por ello dejan de existir. Es en estas fechas cuando empiezan a realizarse algunas acciones armadas con un cierto grado de indiscriminación o con objetivos polémicos. Así, la campaña antiterrorismo de ETA-pm en 1978, criticada incluso por la otra rama de ETA, con un balance de seis víctimas mortales y más de cien personas heridas en diversos servicios públicos de Madrid.

Está también el mensaje negociador. A finales de los setenta, más que una negociación se propone la victoria, esto es, el reconocimiento de las principales reivindicaciones nacionales dejadas de lado por la reforma política. Se apoya en la existencia de corrientes mayoritarias de la sociedad que lo consideran legítimo. Y, asimismo, en que se ve como una hipótesis viable dadas las dificultades de asentamiento que encuentra la Reforma política en curso.

7. La actividad armada de ETA, como expresión más radical de la resistencia nacional, juega un papel decisivo, en ese momento, en la conformación del movimiento de oposición a la Reforma. En ese campo, el recurso a la lucha armada por parte de ETA le concede una superioridad sobre las organizaciones que no la practican (y también sobre el nacionalismo moderado), hasta el punto de convertirse en una referencia fundamental de la sociedad vasca.

Nuestras dos organizaciones, que por esa época estaban enraizadas en los movimientos obrero, vecinal y estudiantil, mantuvieron en los primeros años de la Reforma, y aun con matices distintos, una política de crítica y distanciamiento hacia las organizaciones que desarrollaban esa práctica. Más allá del análisis sobre los aciertos y los errores de tales críticas, esta posición constituyó entonces un importante obstáculo añadido a las dificultades de incidencia política que teníamos ambos partidos.

El rechazo de ETA al proyecto de Reforma, nítido y contundente, sirve de catalizador del grueso del movimiento popular que había surgido durante la última década del franquismo y que gozaba de una notable implantación en la sociedad vasca. En las condiciones políticas del inicio del sistema parlamentario, ETA se encuentra con mayores posibilidades de incorporar a la acción política a una amplia corriente social que se muestra de acuerdo con su acción armada. Y de complementar ésta con una acción política estable, coordinada y multilateral. ETA posibilita el nacimiento de HB. Y a través de los resultados de dicha coalicción se crea un frente político y electoral que verifica la existencia de una gran frustración nacional y social. HB es desde entonces un dato de primera magnitud en la sociedad vasca y quien aglutina política y electoralmente el descontento social existente.

8. Ya desde el inicio de la transición de la dictadura franquista a un régimen democrático parlamentario y autonómico, apuntan en la sociedad vasca algunas tendencias contrarias a los elementos de crisis expuestos hasta aquí.

Así, la manifestación de un electorado mayoritariamente moderado en las primeras elecciones de 1977, la aceptación por la mayoría de las fuerzas políticas de un régimen pre-autonómico que no incluye a Nafarroa y su decisión de aceptar la limitada autonomía que se le ofrece, la sumisión de la mayor parte de los sindicatos a los pactos de la Moncloa. Estos datos, entre otros, revelan el fuerte apoyo popular con que cuentan los partidarios de acometer la transición vasca a la democracia y al autogobierno con una orientación moderadamente reformista y sin poner en peligro la estabilidad de la sociedad y el orden capitalista en ningún caso.

Estas tendencias estabilizadoras son comunes a las que se dan en otras áreas del Estado al acabar la dictadura.

No obstante, en Euskadi tropiezan con grandes dificultades, no pueden desarrollarse mas que de forma contenida y en buena medida hasta quedan relegadas mientras la sociedad vasca vive los momentos más agudos de la crisis antes descrita.

Es en la década de los ochenta, en su segunda mitad sobre todo, cuando comienzan a notarse algunos cambios sustanciales de la sociedad vasca.

9. A partir de 1982, se da un punto de inflexión en cuanto a la deslegitimación del Estado español en Euskadi con el acceso del PSOE al Gobierno central. El gran apoyo popular que recibe el PSOE entonces, el crédito de ser un gobierno totalmente despegado del franquismo y con gran respaldo internacional, modifican la imagen del Estado entre la población vasca.

Dicho cambio no se ha dado de un modo automático. En un principio la política del Gobierno del PSOE fue un tanto hostil para el conjunto del nacionalismo, y puramente represiva hacia el nacionalismo radical. Muy presionado por el estamento militar, manifiesta una posición intransigente en especial hacia las demandas que rebasan el marco constitucional.

Para que cambie efectivamente la imagen del Estado habrá de darse la desactivación de las tensiones golpistas. Y, junto a ello, la evolución posterior del PSE hacia un mayor compromiso con una parte del nacionalismo vasco en 1984.

A partir de entonces es cuando comienza a ganar efectividad la política de aislamiento del campo radical. Y cuando adquiere más consistencia la idea de que sólo una parte minoritaria de los vascos se empeña en demandas radicales.

10. Con la aprobación del Estatuto, las primeras elecciones autonómicas y la formación del Gobierno y el Parlamento vascos, se consuma la aspiración central del nacionalismo vasco desde comienzos de siglo: el Estatuto de autonomía.

Pese a sus límites, en cuanto al territorio o en cuanto a su poder exclusivo o en la transferencia de sus competencias por el Estado, supone un cambio significativo de

la situación nacional. Por primera vez se reconoce la nacionalidad vasca en un texto constitucional español y se legaliza un poder vasco por encima de los logros conseguidos en 1936.

Los primeros pasos del Estatuto son harto traumáticos. Nace en un mal momento. Dentro del País Vasco, con una sociedad en crisis y donde sólo ha podido obtener una exigua mayoría que lo aprueba en el referéndum. Y, también, por haber surgido en un momento de regresión democrática que culminará en el golpe de estado de Tejero y en el intento de rebajar la legislación autonómica a través de la LOAPA.

La crisis del PNV, el descabalgamiento del lehendakari Garaikoetxea y la formación de EA, tienen que ver con las dificultades con que tropieza la plena puesta en marcha del Estatuto. Aunque también están presentes otros factores, acaso más importantes, como la lucha por el poder en el seno del PNV.

Con el desbloqueo de las relaciones entre el Gobierno vasco y el Estado, a partir del pacto entre el PNV y el PSOE, comienza a materializarse un cambio de situación fundamental para la burguesía de opción nacionalista (que es vascongada mayoritariamente).

Comienza a contar con parcelas de poder importantes en la enseñanza, una hacienda propia, Ertzantza, ETB, sanidad, etc. Va disponiendo de un presupuesto sustancioso que manejar (que al final de los ochenta ronda ya el billón si se acumulan el del Gobierno de Gasteiz y los de las Diputaciones). De modo que puede permitirse una capacidad de intervención social estimable. Y, entre otras cosas, hasta cierta capacidad de generar empleo y de servirse de ello para absorber a buena parte de las generaciones antifranquistas en su maquinaria administrativa.

Aunque aspira a más, administra ya un área de poder que le permite consolidar su liderazgo social.

De esta forma, una de sus razones históricas más de fondo, desbancar del poder político en el ámbito vasco a una burguesía con vocación española, se está satisfaciendo en buena medida. A partir de esta nueva situación, se está produciendo un proceso de renovación de las élites sociales. Cada vez cuentan con mayor peso y expectativas las personas mejor relacionadas con la burguesía nacionalista o que provienen directamente de ella.

11. Una década de andadura autonómica ha generado un notable cambio en la simbología popular. Los símbolos que antaño se consideraban exclusivos del nacionalismo vasco están ya consagrados oficialmente. La ikurriña, la definición nacional de Euskadi, la defensa del euskara, o las instituciones de autogobierno, cuentan con una aceptación social que trasciende ya los límites del campo ideológico nacionalista. Si bien no es unívoca y en ciertos sectores se manifiesta de una manera muy reticente, forzada por las circunstancias. Todo ello confirma, pese a la resistencia de algunos, que el hecho nacional vasco se ha impuesto socialmente, al menos en Vascongadas, como algo indiscutible.

Son significativas a este respecto la estabilización de un cuadro electoral mayoritariamente nacionalista y la tendencia a que las corrientes de vocación vasco-española acomoden su política a dicho cuadro. Ambas cosas denotan la actual hegemonía ideológico-política del nacionalismo vasco.

12. Desde la obtención del Estatuto se ha establecido una radical diferencia entre el ámbito vascongado, en el cual el euskara goza de un status de lengua oficial, y donde aún no tiene ese derecho elemental: Nafarroa y Euskadi Norte.

Pero la situación general del euskara, en el régimen democrático, sigue siendo enormemente frágil y problemática. Sobre todo si, más allá de su consideración legal, se tiene en cuenta su utilización social real, en particular, en aquellos territorios a uno y otro lado del Pirineo, secularmente euskaldunes, donde se libra en la actualidad la batalla de su supervivencia.

En Nafarroa, se ha institucionalizado una situación negativa de discriminación legal al reducir su oficialidad a un territorio restringido y de poco peso demográfico. Además, el esfuerzo «euskaltzale» tropieza a menudo con una política institucional cicatera que va por detrás de la demanda popular. Cuando no la frena o se enfrenta a ella (como ha sucedido con su reciente negativa a conceder la licencia a las dos únicas radios euskaldunes). Pero ha de contabilizarse esto último, la demanda popular de euskaldunización, como un dato esperanzador. Gracias a ella, las instituciones se ven obligadas a prestar mayor atención al euskara y se ha frenado la tendencia a perder hablantes habida en los últimos siglos.

En Vascongadas se está dando, por el contrario, un hecho paradójico. El euskara cuenta a su favor con unos recursos potenciales, institucionales y sociales que nunca había tenido. Pero se está acentuando a la vez su carácter de lengua subalterna y sigue perdiendo terreno respecto al castellano.

En la década de los ochenta se han registrado ciertamente unos cuantos cambios positivos en el ámbito vascongado; entre los que cabe destacar por su valor potencial, aparte de ETB 1 y Euskadi Irratia, el número de jóvenes euskaldunizados en las distintas redes de la enseñanza y el aumento de los euskaldunes alfabetizados. Pero a su vez no se puede ignorar la precariedad del euskara en áreas de tanta trascendencia social en nuestro tiempo como la universidad, los medios de comunicación y la administración pública y local.

De otra parte, también se han manifestado las amenazas que más pueden ensombrecer un futuro de euskaldunización.

Las sentencias de los tribunales ordinarios y en última instancia del Tribunal Constitucional están impidiendo ya la posibilidad de unas políticas más audaces de euskaldunización. Lo vienen haciendo amparándose en una manipulación descarada del argumento de la igualdad de oportunidades y en el artículo 3 de la Constitución que establece la obligatoriedad del castellano.

En segundo lugar, la propia política del Gobierno vasco, hasta la fecha caracterizada por su falta de coraje para emprender una presión más decidida en favor de la normalización social del euskara. Su acción en aquellas áreas que son ya de su exclusiva competencia (la enseñanza en la escuela transferida, dotación de los HABE, fomento del reciclaje lingüístico de los profesores y del personal de la administración, etc.) es muy insuficiente, cuando no negativa, como en el caso de su hostilidad hacia AEK o hacia el proyecto del periódico en euskara.

Por último, lo que es tal vez el obstáculo más poderoso con que se enfrenta el euskara. Esto es, las inercias lingüísticas de una población mayoritariamente castellanoparlante y la inercia de una sociedad en la que se ha consagrado una situación de hecho que favorece el uso preponderante del castellano y relega al euskara a un lugar subalterno, aun en espacios y ambientes mayoritariamente euskaldunizados. Estas inercias, que el Estado alienta con una actuación siempre presta a mantener la hegemonía del

castellano, refuerzan la tendencia a reproducir o agravar las desigualdades entre el castellano y el euskara. Asimismo, son un pretexto para que el Gobierno vasco no vaya más allá de una acción tibia y rehuya requerir el apoyo de la sociedad a unas políticas decididas de euskaldunización.

Tras años de régimen democrático y autonómico, el euskara cuenta con la desventaja de haber perdido aquella condición de lengua expresamente oprimida por el Estado que le dio prestigio social y fue el motor de su recuperación en los años 60 y 70.

Pero mantiene un alto valor simbólico por ser la prueba más evidente de la diferencia nacional del pueblo vasco. Además, la conciencia acerca de las difíciles circunstancias en que se encuentra sigue siendo una fuente importante de frustración nacional. Y, de otra parte, el apoyo al euskara continúa siendo el motor de importantes movilizaciones e iniciativas populares.

13. Desde el preautonómico y con la diferente solución política consagrada en el Amejoramiento se ha consolidado la separación institucional de la Comunidad Autónoma Vasca y la Comunidad Foral Navarra. Dicha separación ha sido posible por la suma de muy diversas razones o circunstancias.

Hay unas causas más de fondo. Así, el interés político del Estado en mermar el proyecto nacional vasco, restringiendo su territorio en una parte sustancial del mismo que además de ser fronterizo con otro Estado hace de enlace entre Euskadi Norte y Euskadi sur. Pero ese dato es inseparable de la existencia de una corriente social «autóctona», estructurada política, ideológica y electoralmente bajo el navarrismo de derechas, a la cual le cuadraba mejor la salida del Amejoramiento Foral. Y esta fuerza es inseparable, a su vez, de la existencia de una fuerte división sobre el asunto de Nafarroa y Euskadi que atraviesa de arriba abajo a toda la sociedad navarra.

De otra parte, dicha opción se vio favorecida por otras diversas circunstancias. En primer lugar, por la presión del Estado para que los partidos vascos se conformaran inicialmente con la institucionalización de una comunidad vasca sin Nafarroa. Luego, por el cambio político del PSOE. Pero también por la propia debilidad nacionalista y algunos errores políticos cometidos en los primeros años

de la transición. A lo que es preciso añadir la pérdida de atractivo de una Comunidad Autónoma Vasca golpeada por la crisis económica y la inestabilidad política, lo cual permite asentar la idea entre las capas medias de que lo de Euskadi no es superior. Y también el peso negativo de unas imágenes nacionalistas escoradas para la realidad navarra y que son manipuladas para producir una reacción contraria a «*que nos invadan*», a «*que nos impongan lo vasco*», etc.

La separación institucional entre Navarra y Vascongadas ha contribuido en estos años a afianzar las diferencias. La posición de los partidarios de establecer una separación clara entre ambas comunidades ha conseguido un apoyo social importante, revestido de navarrismo. Se ha estabilizado otro cuadro electoral que en el resto de Euskadi. Se está configurando una élite distinta a la de las Vascongadas. Se ha reducido el campo que aspira a que Navarra y las Vascongadas queden incorporadas a un espacio político vasco común. Y dentro de ese campo, a diferencia de en las Vascongadas, es hegemónico HB, al haber conseguido la hegemonía de una izquierda radical navarra que fue durante la última década del franquismo la fuerza más representativa de la corriente provasquista.

La integración territorial entre estas dos partes de Euskadi Sur queda condicionada en estas circunstancias a un cambio de opinión de la sociedad navarra. Pero mientras esto no se produzca y se mantengan las cosas básicamente en los términos actuales, hemos de recordar que las instituciones navarras no pueden presumir de estar avaladas por el deseo expreso de la mayoría social. Todo lo contrario. Carecen de un refrendo popular explícito y, además, no se ha consultado expresamente a sus gentes si están de acuerdo en que las relaciones entre Navarra y la Comunidad Autónoma Vasca se resuelvan mediante la separación institucional. Afirmamos, por consiguiente, que no cumplen los mínimos democráticos más elementales en tanto no se sometan a esa doble prueba.

14. Desde los inicios de la preautonomía en 1977, las relaciones de las instituciones vascas con el Estado han sido conflictivas. El proceso estatutario estuvo plagado de tensiones, tanto en la confección del Estatuto de Gernika, como en su posterior puesta en marcha. En ambos casos se demostró que había más de un problema en lo relativo a la configuración del Estado y el papel que en él correspondía a las autonomías, como áreas específicas de un cierto reparto del poder.

Pero en los últimos años las relaciones de las instituciones vascas y el Estado tienden a normalizarse y van adoptando el aire de un conflicto de intereses en el interior del Estado. Dichas relaciones, no exentas de fricciones, se fundamentan en un pacto que permita la operatividad autónoma de las instituciones vascas y genere pingües beneficios a sus administradores. Una y otra parte aceptan que las tensiones tengan un límite: el marco constitucional, que tratan de imponer al resto de la sociedad como una de las reglas sagradas del actual juego político. Aunque el nacionalismo vasco moderado no renuncia a poder cambiarlo en condiciones de estabilidad social.

Gracias a los resultados de este pacto, se ha producido un cambio en las expectativas de la burguesía nacionalista. Gran parte de la cual rezuma más satisfacción que malestar, e incluso cierta euforia contenida, al final de los ochenta.

15. Durante los 80 se han producido otras transformaciones importantes de la sociedad vasca.

Algunas, relacionadas con la crisis económica, han trastocado profundamente la composición de las clases trabajadoras. Se ha reducido el proletariado industrial vasco al tiempo que se ha incrementado el nuevo proletariado de servicios. Ha proseguido la desvertebración de la clase obrera tradicional, cada vez más atravesada y dividida por la diversidad de situaciones.

A la desigualdad relacionada con el sexo, a las diferencias provenientes de la desigualdad de cultura y capacitación técnica, se han sumado en los últimos años o han adquirido mayor importancia otras nuevas divisiones. Unas, relacionadas con el mismo hecho del trabajo: trabajadores en activo y parados. Otras, con las modalidades de contratación laboral: con puesto de trabajo fijo y eventuales sujetos a leoninos contratos en precario. O con la propiedad del centro de producción: asalariados y autoempleados.

En otro orden de cosas, los últimos quince años revelan un estancamiento demográfico, con un bajísimo índice de crecimiento cercano a cero en Vascongadas; así como la tendencia progresiva al envejecimiento de la sociedad. Ha contribuido a ello un cambio significativo en cuanto al flujo migratorio, con un saldo negativo para el País Vasco en estos quince años. Tan negativo balance origina una ma-

yor importancia de la población adulta y de la «tercera edad» en la pirámide social.

Las transformaciones sociales habidas en estos años han favorecido por lo general los cambios políticos reseñados. Así, la tendencia a una mayor moderación social tiene que ver con tales modificaciones demográficas y con el envejecimiento de la población trabajadora en activo. O con la situación de paro de un elevado porcentaje de la juventud y la importancia creciente del autoempleo (esa combinación de trabajador y propietario muy promovida desde las instituciones vascas). O con la renovación de las élites sociales, al amparo de la democracia y la autonomía, mediante nuevos cuadros provenientes de las clases medias.

16. La represión va perdiendo el protagonismo que alcanzó en la sociedad vasca durante los primeros años 80 y con las actividades del GAL.

Esta disminución está relacionada con la menor conflictividad social en general al final de esta década. Se deriva, asimismo, de la menor actividad armada de ETA. Y tiene que ver, por último, con el hecho de que la represión se haya hecho más selectiva en los últimos tiempos. El Estado persigue que sea menos visible y aparatosa, aunque no siempre lo consigue, mediante un uso más flexible de los mecanismos directamente represivos.

Pero más importante aún es que se ha producido un cierto aislamiento social de quienes todavía sufren la represión política del Estado.

El fuerte impacto nacional que supuso la represión policial en otros momentos y sus repercusiones morales y emotivas en amplias capas de la población se han atenuado notablemente. Con la connivencia creciente de unas instituciones, unas fuerzas políticas y una parte de la sociedad a las que les disgusta mirar las cloacas del Estado democrático.

17. La década de los ochenta nos ha reportado la novedad de una fuerza policial vascongada: la Ertzantza.

Pendiente de que culmine su despliegue en 1996, su existencia todavía está atravesada por una discrepancia entre las fuerzas nacionalistas vascas moderadas y el Estado.

Para aquellas, es una pieza clave del pacto en que se sustentó su aceptación de la Reforma democrática del Estado. Conciben la Ertzantza como una policía integral que debe sustituir a las fuerzas policiales del Estado en lugar de ser su complemento. Pretenden que sea un símbolo importante del poder vasco (en algo que conecta con el mito foral). Y un recurso efectivo en sus manos para disminuir las tensiones nacionales que provoca la presencia de unas fuerzas coercitivas del Estado malvistas por la sociedad vasca. Consideran, por ello, que cuenta con una imagen de «buena» policía, muy próxima a la población, admitida por ésta, etc. Mientras que en la intención del Estado han prevalecido otras motivaciones y no es de su gusto darle tanto alcance.

Durante toda la década el papel de la Ertzantza ha sido un asunto muy conflictivo entre el Estado y el Gobierno vasco. Y ha evidenciado tanto las desconfianzas del Estado, mientras ETA siga presente, como sus inercias centralistas. Pese a ello, han seguido saliendo nuevas promociones y la Ertzantza ha proseguido su plan de despliegue territorial.

Todavía está lejos lo que vaya a resultar de ella al culminar su despliegue previsto para 1996. No se ha despejado tampoco en qué va a consistir el repliegue de los cuerpos policiales del Estado ni cual va a ser su ritmo. No obstante, al final de la década de los ochenta ya se han registrado algunas cosas nuevas a este respecto.

Por de pronto está asumiendo un mayor protagonismo en la política de orden público, un asunto ya muy visible en algunas áreas de la Comunidad Autónoma Vasca pese a su limitada dimensión aún. Aparte de aumentar el poder efectivo del Gobierno Vasco, ha contribuido a que cobre mayor relieve, en cierto sentido, la dimensión interna de la lucha nacional. Gracias a la Ertzantza, el Gobierno vasco es más gobierno, Madrid ya no es un referente tan absoluto y es cada vez más frecuente que la conflictividad social de los vascos se enfrente con policías vascos. Con ello, ha contribuido de paso a que se atenúe uno de los focos de tensión nacional en contra del Estado (las FOP y la Guardia Civil) más operativos en las últimas décadas.

18. La evolución de la sociedad vasca en los ochenta se ha reflejado también en las profundas modificaciones que han afectado a las organizaciones armadas vascas. En este período, dos de las organizaciones que a comienzos de la dé-

cada tenían un papel significativo, ETA-pm y CAA, han dejado de actuar.

En el caso de ETA-pm, que en sus comienzos planteó su acción armada como un instrumento de apoyo a un movimiento popular a la ofensiva, se vió influenciada por el repliegue de éste. Sus preocupaciones por renovar y diversificar los objetivos de la actividad armada, se convirtieron con el tiempo en una obsesión por obtener el reconocimiento de las instituciones parlamentarias y en el apoyo incondicional a la política crecientemente reformista impulsada por EE. Dicha política de «reformismo armado» (cuya expresión más chocante fueron la campaña de bombas durante la negociación del Estatuto) mostró pronto sus contradicciones. Tras un proceso atravesado por fuertes divisiones internas, llevó al desmantelamiento de la organización armada mediante los acuerdos con el Gobierno para inaugurar la política de «reinserción». Y, junto a ello, a una posición de reforzar el asentamiento del proceso de Reforma política y abiertamente hostil hacia la izquierda rupturista, cuyas filas acababan de abandonar. Quienes, dentro de ETA-pm, trataron de oponerse a esta evolución desde una voluntad revolucionaria no lograron estructurar una opción política ni una acción armada alternativas.

Los CAA, desde su aparición en 1978 hasta su última acción en 1985, se ven profundamente afectados también por la aminoración sufrida por aquellos sectores asamblearios del movimiento obrero que están en el origen de su nacimiento. Su dinámica fuertemente militarista, en contraste con las críticas que en este sentido dirigen a ETA-m, y la carencia de plataformas estables de trabajo político en las que nutrirse, le llevan a sucumbir frente a la feroz represión que sobre ellos desata el aparato policial.

La presencia de Iraultza a lo largo de esta década, ha supuesto una experiencia ciertamente distinta. Sus acciones, que no han incluido atentados contra personas, denotan una preocupación por la diversificación de objetivos y han estado relacionadas preferentemente con conflictos sociales y el apoyo a distintas aspiraciones populares. Pero esta experiencia tampoco ha podido librarse de la polarización existente en la sociedad vasca, en torno a la presencia y actividad de ETA-m. De modo que los caminos ensayados por Iraultza no permiten calibrar, en todo su alcance, la posibilidad o no de cubrir los objetivos que se fijó en el momento de su aparición. Estos eran, tal y como afirmaban en el número 1 de su revista en

1983 «...ganar apoyos entre sectores más amplios que los actuales (...) difundir una dinámica de autodefensa popular (...) utilizar la propaganda armada para difundir unas perspectivas de lucha claramente revolucionarias (...) abogar por una dinámica unitaria entre las diferentes organizaciones armadas vascas y entre las fuerzas de la izquierda revolucionaria vasca».

ETA-m, que durante toda esta década ha jugado un papel muy importante de animador del campo de la resistencia, ha mantenido la necesidad de una negociación para la consecución de la alternativa KAS. Y que la lucha armada es la principal vía de presión que la puede hacer posible. Pero en ambos terrenos se han producido importantes novedades.

Dadas las dificultades crecientes para incorporar nuevas energías políticas a la lucha contra el Estado, será en el campo de la presión armada donde ETA situará la posibilidad de desbloquear la situación. Pero ha de hacer frente a un aparato estatal cada día más profesionalizado en la tarea represiva y que cuenta progresivamente con más medios a su servicio. Y también a la colaboración de las autoridades policiales y políticas francesas, lo que afecta a una retaguardia que hasta el presente aportaba un servicio logístico esencial. Además, la progresiva entrada en escena de la Ertzantza, añade nuevas e importantes dificultades, sobre todo de cara al futuro. Por todo ello, el propio contenido de la negociación, aunque persiste como eje central de su política, ha adquirido inevitablemente un alcance diferente.

Muy relacionado con todo esto, hay que citar algunos elementos de táctica militar, relativamente novedosos, que han adquirido cierta generalización en los últimos tiempos. Dos de los más característicos son el coche-bomba y la carta-bomba. Con ambos métodos ETA ha conseguido burlar, en no pocos casos, las barreras de seguridad policiales y alcanzar sus objetivos con un alto grado de eficacia. Pero, ha sido también con los que más víctimas inocentes ha dejado en el camino. Este dato, dolorosamente presente en una parte significativa de las acciones armadas de ETA en los últimos años, sobre todo fuera del territorio vasco, ensombrece ante una buena parte del pueblo la imagen ética y solidaria que debe proyectar en sus hechos toda acción que se pretende emancipadora y revolucionaria.

II

La sociedad vasca de los noventa

Perspectivas de la lucha nacional

19. De un modo relativo, hay que destacar la idea de que están atenuándose o perdiendo fuerza (en comparación con momentos anteriores) los factores desestabilizadores que alimentaron la radicalidad a finales de los 70 y en buena parte de los años 80. Esto es resultado de un montón de cosas. Ha amainado algo la crisis económica. Desde hace unos años han aumentado las expectativas de una parte de la sociedad al calor de la reactivación económica y del tirón en el empleo promovido por la necesidad de funcionarios de las instituciones democráticas y autonómicas. El Estado ha adquirido mayor legitimidad (sobre todo a partir del Pacto de Ajuria-Enea). La violencia ha perdido el peso de otros momentos. Para amplios sectores se ha producido un suavizamiento de los problemas nacionales. La política desplegada por la mayoría de los partidos y sindicatos a fin de lograr un clima de estabilidad y apaciguamiento político y social ha alcanzado más eco que en el pasado.

La mayor estabilidad no significa sin embargo que se haya producido una normalización al gusto de las clases dirigentes y del Estado, ni tampoco la ausencia de conflictos, ni una derrota del campo radical. Este, por el contrario, mantiene por el momento su capacidad y voluntad de lucha.

Esto es así porque la frustración nacional hunde sus raíces en la política del Estado; y la frustración social existente en los sectores mas desfavorecidos de la sociedad, en los conflictos sociales que el capitalismo genera.

Todo ello nos permite afirmar que la lucha nacional, aunque haya perdido virulencia y se haya bifurcado entre la moderación y el radicalismo de una forma mucho más clara que el pasado, no tiene visos de ser plenamente integrada o asimilada. Y que en ocasiones, como ocurrió con el referéndum sobre la OTAN, en el asunto de Lemóniz, así como en momentos de flagrante ataque represivo, la corriente

radical puede animar y encabezar la movilización mayoritaria de la sociedad.

Sin cambios definitivos para ninguna de las partes, las tendencias existentes van en un sentido más negativo que positivo para las fuerzas radicales y revolucionarias. Dentro de lo que podríamos calificar, en sentido metafórico, como una pelea de trincheras (y por tanto sin rupturas de los frentes) ha sido el Estado quien ha tenido más iniciativa y ha marcado el ritmo político en última instancia.

Es cierto que no han desaparecido los problemas más de fondo. Pero se han desactivado parcelas de frustración. Algunos sectores se han alejado de la dinámica reivindicativa anterior. Y en buena medida, puede afirmarse, por tanto, que se ha producido un cambio importante de la situación nacional en relación con el franquismo o la primera década postfranquista.

20. Euskadi es una sociedad dividida en lo social y en lo político. Mas no existe entre ambos planos una correspondencia automática.

Euskadi es un país de capitalismo avanzado. Cuenta con una compleja estratificación y jerarquización social, producto de una gran diversidad de situaciones laborales, de propiedad y recursos económicos, cultura, sexo y edad. Si bien no hay una frontera nítida que separe la parte más satisfecha socialmente de la Euskadi insatisfecha, podemos afirmar que las condiciones de existencia de una parte significativa de nuestra sociedad se han deteriorado en la última década.

La crisis económica de años pasados ha desarticulado sectores importantes de la clase obrera vasca, mandándola al paro sin perspectivas de recolocación. La juventud, el sector más golpeado por el paro estructural, tiene que incorporarse al mercado del trabajo en condiciones precarias. Otro tanto puede decirse de buena parte de las mujeres trabajadoras. El trabajo a tiempo parcial, además de suponer una fuente de inseguridad y de superexplotación para quienes lo padecen, genera de momento fuertes obstáculos a la autoorganización y lucha en defensa de sus derechos.

Pero a pesar de que periódicamente brotan estallidos o conflictos sociales, la tónica general de los últimos

tiempos es de apaciguamiento o bien de luchas que no trascienden su ámbito particular.

Los sectores más desfavorecidos, que deberían ser la base. «natural» para una acción política radical, atraviesan múltiples dificultades y sufren de una fuerte despolitización y desmovilización. Las razones son muy diversas. En buena medida es fruto de la nefasta influencia que algunos sindicatos y partidos han logrado introducir en amplios sectores populares; pero no han de olvidarse los desmoralizadores efectos de tantas luchas terminadas en derrotas. Están, de otra parte, las consecuencias de la crisis, con la reconversión de los sectores productivos tradicionales y los cambios en la organización de la sociedad desarrollados a su amparo. Sin duda influye en ello, también, la atomización creciente de los individuos y acaso un cambio de preocupaciones de la gente, cuya atención esta más dirigida a la supervivencia cotidiana... Todo ello tiene que ser tenido en cuenta, para precisar con acierto las próximas pautas de una acción de orientación revolucionaria en estos sectores.

En el terreno político en cambio se he delimitado con claridad una dualidad. Esta se manifiesta expresamente en la existencia de dos bloques y dos actitudes encontradas: el bloque del pacto institucional y el de la resistencia radical. En la parte que está dentro del sistema constitucional y la que se sitúa en abierta oposición a él.

La primera incluye al conjunto de partidos que hoy están presentes en ambos parlamentos, navarro y vascongado. Tiene su soporte en una considerable parte de la sociedad que tiene motivos para identificarse con unas políticas moderadas y en la conservación de la estabilidad social.

La otra Euskadi, políticamente insatisfecha, se aglutina sobre todo alrededor de HB. A lo que es preciso añadir, en lo que hace a Nafarroa, la aportación de Batzarre que cohesiona una parte significativa por su peso y tradición de la izquierda radical. Pero, aunque en términos más modestos, está sostenida también por nuestro esfuerzo militante. En una militancia, que ha sido capaz de animar y potenciar numerosos focos de resistencia política y social en estas décadas pasadas. Y que, junto a otras personas u organizaciones con preocupaciones afines o convergentes, ha impulsado movimientos que recogen de forma radical las sensibilidades más progresistas (feminismo, izquierda sindical, antimilitarismo, internacionalismo, ecologismo).

Las motivaciones de esta Euskadi activamente insatisfecha son heterogéneas. Predomina en ella, ciertamente, la razón nacional (en torno a la defensa de lo que se ha llamado una política nacional rupturista), pero está animada a la vez de múltiples causas de insatisfacción social.

21. Las fuerzas del pacto institucional, pese a su diversidad de intereses e ideologías, en el último período han llegado a un importante grado de acuerdo para mantener la estabilidad del sistema. Utilizando una demagogia pacificadora, han formado un agresivo frente que abarca desde la lucha más directa contra ETA hasta contra todo lo radical y subversivo.

El «frente por la paz», o pacto de Ajuria-Enea, y el similar acordado en Nafarroa, suponen un importante paso en ese objetivo. Y demuestra que existe un amplio terreno de encuentro en la sociedad vasca, sea nacionalista o no, para una política que trata de erradicar toda inestabilidad. En tal sentido, supone un hito en materia de alianzas.

Con el Pacto de Ajuria-Enea se inaugura una política que pone en el centro el protagonismo institucional, traslada a la sociedad la beligerancia antirradical y persigue el aislamiento social de HB. En virtud de estos objetivos, la operatividad de este Pacto ha trascendido lo estrictamente político y se ha confirmado asimismo en otros asuntos, como los culturales y lingüísticos.

El bloque no es monolítico, evidentemente, y puede perder eficacia e incluso resquebrajarse, sea por conflictos internos de sus miembros o por problemas externos. Pero hasta ahora ha tenido a su favor la voluntad política de los partidos que lo han suscrito, lo cual le ha permitido superar escollos de especial significado. Por un lado, la «guerra sucia», el asesinato de J. Muguruza, el asunto del GAL. Y, por otro, la división surgida en torno al debate parlamentario sobre la autodeterminación, que pudo ser canalizado al final hacia un terreno puramente retórico.

Este pacto goza también de los vientos que soplan a favor de la estabilidad social. Mientras la situación general sea de complacencia social y no se den tensiones significativas entre las instituciones autónomas y las centrales, es previsible que el frente institucional se mantenga operativo.

22. Aun moviéndonos con toda reserva sobre la plausibilidad de la negociación, dado que sigue siendo ofertada como salida política central, es obligado referirnos a ella.

Lo importante es señalar que la negociación es presentada por parte de ETA como la condición o el logro político mínimo para dejar la lucha armada (que pasaría a ser un mecanismo de vigilancia). Y para HB, es el punto de partida del cambio institucional propugnado en su proyecto de Estatuto Nacional de Autonomía.

En ambos casos se parte de una determinada idea del peso de lo armado en la coyuntura política y en la acumulación de fuerzas a más largo plazo, así como en una estrategia formulada en términos de un escalonamiento de logros sucesivos. El logro correspondiente a la etapa actual es la creación de un «nuevo marco jurídico-político» conseguido mediante la negociación. Este enfoque, sin embargo, ha chocado hasta el momento con la obstinación del gobierno y de la mayoría de las fuerzas políticas vascas en lograr la rendición de ETA u obligarle a medio término a negociar a la baja.

Lo que resultará es difícil de saber. La experiencia histórica demuestra lo costoso y prácticamente imposible de derrotar a ETA por medios fundamentalmente represivos. Por eso cabe prever un larguísimo enfrentamiento sin aparente salida, a no ser que haya cambios sustanciales. Cambios que en última instancia derivarían de buscar alguna solución frente a los costos (para ambas partes) que la situación produce. En cualquier caso, reconocemos la legítima aspiración de ETA a buscar una salida a una situación difícil mediante logros de distinta naturaleza.

23. La institucionalización europea es de singular importancia para nosotros por sus repercusiones en la evolución de la situación nacional de Euskalherria.

Hemos entrado ya, con el Parlamento europeo, y más a partir del 92, en una nueva situación y un nuevo marco de la lucha nacional. Aunque, de momento, muy tímidamente.

El camino de la integración europea es complejo. Hay que señalar, de entrada, que son los actuales Estados los sujetos de su construcción y que recae en ellos todo el protagonismo de dicha operación. Mientras que las nacionalidades quedan marginadas por completo, o son contempladas en el mejor de los casos tan sólo como áreas regionales de

particular atención. Todo ello tiende a revalorizar el papel de los Estados. Pero se entra a la vez en una dinámica nueva y contradictoria para los Estados. Deben transferir parte de sus atribuciones a los organismos europeos supra-estatales. Ello supone, en teoría, una disminución del Estado, lo cual da pie a que se relativicen su necesidad y sus funciones. Y resulta más verosímil, en ese contexto, propugnar una reordenación europea en la que cobren un valor mayor las comunidades nacionales o las comunidades culturales.

El proceso de integración europea es incipiente y presenta muchas incógnitas. Entre otras, si la voluntad popular se va a manifestar en un sentido proeuropeo, si apoyará un buen ritmo de integración, soportará sus inconvenientes, etc. Y, en otro sentido, si los Estados van a preservar celosamente su poder y entorpecer todo paso en serio hacia la disminución de su soberanía...

Aunque está lejano todavía este asunto, tiene o va a tener de inmediato algunas repercusiones. La alusión del campo vasco moderado (a la decimotercera estrella, etc.) puede ser más que una coartada en sus manos. Con el proceso europeo en marcha el discurso de los PNV y EA gana verosimilitud. Puede apoyarse en que la tendencia a limitar el poder de los Estados en favor de las instituciones comunitarias abre una puerta de esperanza al reconocimiento institucional de los pueblos pequeños, Y, en definitiva, da nuevos argumentos a la vieja idea de que las rupturas y el enfrentamiento con el Estado opresor no tienen sentido frente a las vías más pragmáticas y gradualistas.

De otra parte, es previsible una contradictoria y ambigua repercusión en cuanto a las relaciones del Gobierno vasco y el Estado. Por de pronto significa ya ahora una fuente de conflictos, que pueden acentuarse en los próximos años. Y también un campo de colaboración o arreglo. En cualquier caso, el nacionalismo moderado tiene un papel subalterno y está obligado a estar a buenas con el Gobierno central para no salir perdiendo más en las negociaciones del Estado español con la CEE.

Es en el terreno económico donde la cuestión está más definida. El Acta Unica corresponde a las nuevas necesidades de valoración del capital. Su meta es crear un gran mercado, libre de todo proteccionismo, que ponga en competencia las normas de producción, las reglamentaciones nacionales, los sistemas fiscales y las condiciones de ex-

plotación de la fuerza de trabajo. Expresa, para ciertas ramas y productos, los requerimientos colectivos de la industria europea frente a competidores japoneses o norteamericanos. Trata de reducir el proteccionismo de los países de la OCDE, lo que lleva a un recrudecimiento de la competencia y a una reorganización de las empresas. Las fusiones y compras no sólo se dan entre empresas europeas en busca de la formación de un «capitalismo europeo» sino que abarcan todo el sistema productivo y comercial del mundo capitalista.

La política de privatización y desregulación (incluso en el terreno de la protección social) tendrá hondas repercusiones para los trabajadores. El gasto social de la reestructuración apenas se contempla. La creación de nuevos puestos de trabajo no compensará los destruidos y el desempleo no cederá por tanto. La libre circulación de capitales reforzará la desigualdad entre los ingresos del trabajo y el capital, etc. Por otra parte, la modalidad de entrada elegida por el PSOE, casi a tumba abierta y sin apenas proteger los flancos más débiles de la economía española, puede producir problemas añadidos cuyos efectos se harán sentir antes o después.

En otro orden de cosas, los cambios de la Europa oriental (incluido el asunto alemán) han revalorizado la vigencia de la autodeterminación en Europa. Por primera vez en lo que va de siglo ha quedado barrido el argumento del «agua salada», que legitimaba su aplicación únicamente en las antiguas colonias de ultramar. Al mismo tiempo, ha aumentado la actualidad de los asuntos nacionales y está dando un aire inacabado o provisional al mapa actual europeo. El vendaval nacional que remueve las repúblicas soviéticas y yugoeslavas está grabando en la opinión pública la imagen de que el mapa europeo no es definitivo por tanto y puede moverse aún más. ¿Revaloriza esto las salidas negociadas, bilaterales o las vías de tomarse la soberanía por su cuenta? Aún es prematuro extraer conclusiones definitivas de unos asuntos cuyo desenlace no está zanjado. Además, la crisis del Báltico alimenta uno y otro horizonte. Tanto la idea de que dentro del sistema hay posibilidades a través de las reformas constitucionales, como la de que es necesario una prueba de fuerza sostenida.

De todo ello, y aun constatando que no soplan vientos favorables a la luchas emancipadoras, es evidente que se deducen nuevas necesidades, nuevas orientaciones entre las fuerzas revolucionarias. En particular en el terreno internacionalista propiamente europeo.

24. Las tendencias nacionales ahora predominantes nos permiten anticipar en cierto modo algunas claves que seguirán vigentes previsiblemente en la sociedad vasca de los noventa.

En las Vascongadas, cabe prever una doble y contradictoria tendencia. Una, a que la mayoría de la sociedad se exprese en términos nacionalistas. La otra, a la diversidad de propuestas nacionalistas y a la lucha entre ellas. En la primera está presente la inercia del sistema de partidos y los conflictos y abundantes motivos existentes para que siga alimentándose una dinámica reivindicativa nacionalista. El parón de la emigración y la estabilidad demográfica, o el hecho de que los nacidos en Euskadi tomen la nacionalidad vasca como un dato ya dado, incuestionable, avalan también la continuidad de la hegemonía nacionalista. Mientras que la segunda se apoya en la diversidad social. Cada fuerza nacionalista (y también las que no lo son) debe clarificar su proyecto político ante una demanda social heterogénea en cuanto a sus situaciones y preferencias. La pluralidad de las ofertas políticas, su fragmentación y la confrontación entre ellas, es su resultante.

En Nafarroa, el panorama es muy distinto. No apuntan tendencias a una vigorización del campo vasquista y sí en cambio a la continuidad de las pautas actuales predominantes. Es decir, la complacencia de una amplia mayoría social con la marcha actual de las cosas y la insatisfacción de la corriente provasquista. Está con todo una posibilidad que puede alterar esta previsión: las relaciones entre la Comunidad Autónoma Vasca y la Comunidad Foral Navarra. De llevarse a cabo, y según cómo y cuándo se planteara, podría abrir nuevos problemas e interrogantes.

En lo cultural y lo lingüístico, es una incógnita cómo van a evolucionar las cosas. Está abierta a distintas posibilidades y situaciones.

De un lado están las tendencias políticas, económicas y sociales favorables a que el euskara tenga una relevancia mayor. Sobre todo en las Vascongadas, donde ya es un valor ante el mercado de trabajo. El verdadero motor del euskara sigue siendo, empero, la conciencia y la disposición de las gentes a implicar su esfuerzo personal de una u otra manera en su apoyo.

De otro, han de tenerse en cuenta unas tendencias, muy fuertes sobre todo en las grandes concentraciones urbanas,

que empujan en sentido problemático para el euskara y la cultura euskaldun. Por ejemplo, hacia un mestizaje lingüístico y cultural que reproduzca la hegemonía del castellano. O bien a limitar los objetivos de la política de euskaldunización a fin de no chocar frontalmente con las inercias y comodidades de la mayoría castellanohablante. O bien a imponer la «conveniencia» de una baja presión en favor del euskara; tan baja, que excluye en la práctica entender el euskara como un bien cultural y social que debe distribuirse entre toda la población. Los intereses electorales actúan asimismo en favor de estas tendencias restrictivas preferentemente. Además de todo esto no hay que olvidar otros factores políticos, como los engendrados por el Estado y algunas fuerzas políticas vascas, cuyo móvil principal es vigilar que el castellano no pierda su hegemonía actual.

Por otra parte, cada vez se pone más de relieve que los problemas de nuestro pueblo no pueden reducirse a un conflicto externo, con el Estado, sino que en parte expresan un conflicto interno, de la propia comunidad vasca. Esto último se advierte en las diferencias políticas existentes ante los asuntos principales de lo que suele entenderse por el «problema vasco». La violencia, la relación con el Estado, la política lingüística, el problema territorial, la identidad nacional, la autodeterminación, el sentimiento hacia España, etc., de una forma u otra son materia de fuerte división entre la población vasca. Y hoy por hoy parece muy difícil, si no imposible, que puedan interpretarse de forma unánime o darse un consenso sobre ellos. La heterogeneidad de la población vasca en cuanto a lengua, cultura, situación social, tradiciones, sentimientos nacionales, opiniones ideológicas y políticas, etc., es la base de la diversidad existente de opciones y de su inevitable conflictividad. Cuando afirmamos que Euskadi es una nación en construcción, queremos expresar por tanto dos cosas. La idea de que hay un futuro por definir y el convencimiento de que ese futuro dependerá en buena medida de cual sea el proyecto al cual se adhiera la población vasca entre los diversos que se le ofrecen.

El nacionalismo moderado tiende a mantener una relación ambigua con el Estado. En parte busca su cobijo, en parte entra en conflicto con él, pero en todo caso persigue el pacto con las fuerzas estatales y desecha la vía rupturista.

En el último período los hechos dan la razón a la idea de que por ahora el nacionalismo moderado se contenta con

«encontrarse cómodo en España», fórmula que expresa una voluntad de pacto con los poderes centrales. Esta voluntad, que no es nueva en los nacionalismos vasco y catalán, ha sufrido sin embargo una doble presión. Del radicalismo nacionalista, presente incluso dentro de sus filas, por una parte. Y, por otra, la tradicional hostilidad de un centralismo preñado de nacionalismo español.

En la actualidad, el PNV se orienta cada vez más por la consolidación del Estado de las autonomías, en cuyo interior ha alcanzado un nivel aceptable de comodidad y de capacidad de maniobra política.

Ello no significa sin embargo que renuncie a desarrollar su proyecto autonómico, que de entrada no tiene marcados más límites que los que rozan la soberanía del Estado. El PNV por intereses y por estrategia aspira a conseguir más, poco a poco, sin poner en riesgo el poder nacional que ya tiene, conservando la estabilidad social ante todo. Pero no excluye propuestas de reforma de la Constitución en un sentido más federalizante, siempre y cuando no rompan un clima de estabilidad del sistema en su conjunto.

El PNV, y en general el nacionalismo institucional, puede permitirse desarrollar un determinado grado de enfrentamiento con el centralismo a fin de mantener el espacio nacionalista. No han de sorprender por ello ciertas batallas reales, o bien los escarceos o gestos retóricos o toques de atención, que, de darse, generarán sin duda tensiones con el centralismo. Los márgenes evidentemente estarán marcados por una parte, por el Estado, y por otra por el nacionalismo radical. Mas por ahora, mientras persista el pacto con el PSOE y remita la capacidad de impacto del segundo, debido al cerco impuesto a ETA y HB, el PNV opta por gobernar lo existente y reivindicar lo factible.

25. No es, la actual, una época favorable al desarrollo de ideas y prácticas radicales, revolucionarias. Y menos aún puede serlo para quienes impulsan una acción radical de enfrentamiento armado con el Estado. Por eso llama la atención que, pese a los años transcurridos bajo una ideología dominante de aceptación del orden establecido, aquí, en Euskadi, persista una amplia y radical corriente de contestación. Pues bien, un componente esencial de la misma, sin el cual no cabe concebir ni su extensión ni su mantenimiento, es la resistencia armada.

Tratar de concebir cómo hubiera sido la historia reciente de la lucha radical en Euskadi sin haber estado presente la lucha armada, fundamentalmente de ETA, no tiene sentido. Y tampoco el elucubrar de igual manera cara al futuro. Sí es útil, por el contrario, reflexionar acerca de las consecuencias que tiene la acción de las organizaciones armadas vascas y los problemas más destacados a los que se enfrentan. Desde el punto de vista, claro está, del desarrollo de fuerzas políticas radicales

Hoy, en Euskadi, la existencia de organizaciones que dan una dimensión armada a su enfrentamiento con el Estado contribuye decisivamente a radicalizar los términos del conflicto. La puesta en cuestión por mucha gente del monopolio de la violencia atribuida al Estado le hace difícil a éste buscar la integración de aquellos movimientos en el marco institucional y su supeditación al mismo, tal y como logró con otros movimientos.

La relación entre ETA-m y el movimiento político en el que se sustenta es muy estrecha. Y ha demostrado en los últimos quince años una capacidad de aunar las diferentes opiniones que se crean en su seno sin fracturas o sin una reducción de sus apoyos sociales.

De otra parte, tampoco es consistente la hipótesis de que la solución policial vaya a acabar con ETA a corto o medio plazo. La reducción de su campo de acción y las dificultades nuevas que encuentran, no cuestionan la existencia probada de una gran capacidad operativa y la posibilidad de regenerar sus efectivos militantes.

La interacción de factores políticos y militares presentes en la formación de este movimiento y las reivindicaciones nacionales sobre las que se sustenta, ha impedido que la dinámica armada consumiera, debido a la represión, las fuerzas organizadas políticamente. Bien al contrario, esa combinación le da un importante atractivo sobre sectores, fundamentalmente juveniles. E incorporarlos a la lucha radical, superando la desmovilización existente.

De cara al futuro, todo lo anterior no va más allá de afirmar la persistencia de los factores que hacen posible la existencia de las organizaciones armadas vascas.

Pero las preocupaciones que nos animan a las gentes de izquierda van más allá. Entroncan con las discusiones, nada nuevas ciertamente, sobre las vías idóneas para llegar a sectores nuevos de la sociedad. Para imprimir a los mo-

vimientos sociales un carácter radical y enfrentado al Estado. Para acomodar la práctica desarrollada en la lucha por unos ideales de modo no contradictorio con los mismos y cuestionar por eso cualquier método que pueda serlo... Es la plasmación progresiva de un lienzo en el que no cabe utilizar exclusivamente los blancos y negros, sino que precisa colores más matizados. He aquí algunas pinceladas importantes, desde nuestro punto de vista, para la calidad del resultado.

* La tarea básica para conseguir un cambio revolucionario es la acumulación de fuerzas políticas. La adopción de formas de lucha armada ha de tener en cuenta en todo momento esa perspectiva. En particular, habrá de asegurarse la posibilidad, razonablemente, de que esa tarea no suponga, dada la represión que inevitablemente acarrea, la desaparición de las fuerzas ya organizadas. O una variante de lo mismo, que la dedicación de fuerzas y la dinámica política no giren de manera exclusiva ni preferente en torno a las consecuencias de la acción armada.

* Una vía útil para aproximarse a las experiencias actuales de lucha armada es la discusión concreta de las mismas. Cuando, en lugar de ello, se recurre a modelos previos, en función de una supuesta coherencia estratégica, tienen lugar debates abstractos y poco útiles. Así, las polémicas del pasado (por ejemplo, entre el *«activismo individual»* y la *«violencia de masas»*) derivadas de estrategias distintas sobre la forma en que hipotéticamente iba a ser destruido el poder armado de la burguesía. El razonamiento abstracto quedaba en evidencia en esas polémicas, protagonizadas en algún caso por nosotros mismos. Como cuando pretendía aplicarse la categoría del *«activismo individual»* a la experiencia armada desarrollada en Euskadi.

* Conviene evitar la atribución a la lucha armada, por sí misma, de virtudes o defectos que no le corresponden en exclusiva. Así, cuando se dice que *«lleva al aislamiento a quienes la practican»*, *«desmoviliza a las masas»*, *«convierte a éstas en espectadores»*, etc. Tales afirmaciones suponen hacer tabla rasa de lo que realmente ocurre en Euskadi, donde existe un sector numéricamente muy importante movilizado tras banderas rupturistas. O también, cuando desde la orilla opuesta, se atribuye a la lucha armada la virtud de *«no caer en el reformismo»* o de *«radicalizar y enfrentar con el Estado a los movimientos sociales»*. En este caso, sólo cabe

hacerlo olvidando la experiencia (y desaparición) de organizaciones armadas como ETA-pm o CAA. O bien, desconociendo los múltiples conflictos sociales cuya radicalidad no guarda relación directa con la existencia o intervención de las organizaciones armadas.

* En la Euskadi actual, el carácter radical del enfrentamiento armado supone un fuerte contraste con una sociedad cuyos niveles de satisfacción consigo misma son elevados para una parte importante de la misma. De ahí que las fuerzas institucionales hayan conseguido algunos éxitos en su afán por aparecer como representantes de las mayorías y abanderar mensajes pacifistas y antimilitaristas.

El carácter minoritario de la lucha armada es bastante inevitable en una sociedad como la actual. Donde no hay grandes convulsiones sociales, no cabe pensar que las mayorías expresen su apoyo a planteamientos de cambios revolucionarios. Pero es una crítica paradójica a un movimiento que cuenta con un porcentaje tan alto de votos y con un entramado de relaciones sociales en el que participan decenas de miles de personas con un alto grado de movilización. Un apoyo tal, sin parangón en Europa, no se observa en otras latitudes, ni siquiera con opciones radicales que no utilizan la lucha armada y se expresan exclusivamente dentro de los parámetros institucionales.

No es pues el carácter minoritario en sí un factor negativo. Pero pueden derivarse de él algunos problemas para el movimiento radical vasco. A saber, que se consoliden en su seno criterios autoritarios, que nunca han estado totalmente ausentes. Así, el contraste con una sociedad bastante instalada lleva en ocasiones a buscar la imposición de las opiniones propias con métodos basados en el uso de la violencia. El uso de la fuerza como medio de respuesta a la violencia opresora, corre así el peligro, no pocas veces, de modelar el modo de actuar en otros muchos terrenos. (Es a lo que el Che se refería cuando alertaba sobre el peligro de convertirse en un reflejo de la violencia del enemigo). Ello puede herir la sensibilidad de sectores de la sociedad movilizados por valores feministas, antimilitaristas, ecologistas, etc. Esto es, de las gentes contrarias a que el ruido de las metralletas ahogue el de la voz, tal y como afirmaba el Che.

* Las relaciones entre el mundo político no armado y las organizaciones armadas forman parte también del capítulo de problemas no resueltos. Aunque el flujo de influen-

cias circula evidentemente en ambas direcciones, en la experiencia de ETA está firmemente asentada lo que cabría denominar jerarquía de mando. Es la organización armada quien decide y zanja en cualquier debate de envergadura. Y hay temas sobre los que ni siquiera cabe la discusión interna, más allá de ratificar las posiciones previamente acordadas.

Es este un terreno donde no caben soluciones fáciles. Pero la relación actual plantea serios problemas. Tanto para generar una cultura de emancipación o para levantar un movimiento en el que las personas sean parte activa y protagonista del mismo. Como para consolidar como valor esencial el derecho a la libre expresión de las opiniones de cada cual y a conformar las propias ideas en contraste con las ideas diferentes. Y no sólo en el presente, sino acaso, todavía más, de cara al futuro. La conclusión, sin embargo, no pasa por reforzar la dependencia hoy existente. Al contrario, pasa por conseguir un movimiento social capaz de mantener una crítica radical a la sociedad existente y una voluntad de transformación revolucionaria de la misma. Aun en el hipotético supuesto de modificaciones importantes en la acción armada.

* Los blancos de la acción armada, la intensidad de ésta, y aun su misma utilización bajo un régimen parlamentario, son otros tantos asuntos ciertamente polémicos. Pero, si los blancos son socialmente admitidos y los medios proporcionados a los fines perseguidos, si todo ello es coherente con una ética emancipadora de los oprimidos, la experiencia vasca demuestra que una parte significativa de la población no rechaza por principio la acción armada. Lo que ya es un dato relevante. Mientras que otros sectores sociales no sólo la aceptan sino que reconocen la contribución de las organizaciones armadas al movimiento popular y no esconden su identificación con ellas. Que suceda esto y logre quebrarse el monopolio exclusivo de la violencia que el Estado pretende atribuirse no deja de ser saludable en las condiciones del sistema parlamentario. Es un síntoma evidente de que su legitimidad está cuestionada por una parte de la sociedad.

* Los valores éticos a reclamar como ideas básicas de las gentes revolucionarias son una batalla clave en la sociedad actual, pese a que tan olímpicamente pasa de ellos. Aquí vienen a cuento no pocas acciones armadas que o bien ponen en peligro a gente del pueblo o bien aportan una imagen sangrienta e injustificada. Un movi-

miento revolucionario ha de proyectar con su actuación una moral acorde con los objetivos emancipadores por los que lucha.

26. Ciertamente son tiempos difíciles para nuestra corriente. Pero de ello no deducimos conclusiones lineales. Las hipótesis unilaterales no sirven, máxime cuando la experiencia nos muestra muchos zig-zag políticos. Hoy los vientos conservadores han desplazado a los vientos de inestabilidad y cambio que antes sacudieron Euskadi. Pero lo que es y sigue siendo más destacable es el mantenimiento de una corriente social con voluntad de cambiar radicalmente la situación de Euskadi.

La amplitud y profundidad de la conciencia nacional vasca, la existencia de un sector intransigente ante la falta de soberanía nacional, el mantenimiento de la lucha armada, la abundancia de movilizaciones y su carácter multitudinario a veces, un número de votos que llega al 14% del electorado, dan fe de todo ello. Así como los múltiples lazos entre las distintas vertientes (nacional, obrera, ecologista, feminista, etc.) confirman la existencia de un movimiento popular de resistencia, más allá de sus diferencias y conflictos, bastante plural y diversificado.

Esta es la razón por lo cual, a pesar de las dificultades que atraviesan la lucha armada de ETA, la propia opción político electoral de HB y en general la corriente radical, siempre haya leña que las alimente. Tanto en los numerosos problemas que existen en la sociedad vasca, como sobre todo en la propia actuación del Estado, a veces paradójicamente nuestro mejor aliado. Pues el Estado español (que es cual es y no lo que algunos desean o creen que es), despliega sus propias iniciativas no siempre en interés estricto del bloque institucionalista vasco (aunque el partido en el gobierno central este dentro de él). E, incluso, algunas se escapan de su control por las propias inercias de unos aparatos de represión muy marcados por su función y por su historia.

No es posible desentrañar el futuro más inmediato. La cosa va a depender mucho de como se asiente o se desestabilice la dualidad política de la comunidad vasca. Factores ya descritos, como la creciente moderación y adaptación del nacionalismo burgués o los efectos inmediatos de la construcción europea, empujan hacia la moderación. La capacidad de resistencia por el contrario se alimenta de las fuentes de insatisfacción social y nacional, que si-

guen presentes y forman parte consustancial de la realidad vasca. La incorporación de aspiraciones nuevas surgidas por demandas creadas por movimientos y sensibilidades de profundo contenido subversivo y emancipador, añaden nuevos contenidos y campos de contestación social.

27. En los últimos tiempos se han añadido otras dificultades. La crisis de la idea misma de la revolución deja sin perspectiva a muchas luchas empujándolas hacia las pequeñas realidades, hacia los pequeños cambios sobre el terreno de juego marcado por el sistema. Cuando no genera el desasosiego e incluso una crisis de identidad y de voluntad en los sectores más lúcidos e insumisos. No se puede pasar por alto el hecho de que en 15 años los radicales y partidarios de la revolución ya no somos juzgados de la misma forma. De ser vistos como portadores de la esperanza (la revolución posible y necesaria), pasamos a ser tachados de ingenuos y utopistas (la revolución deseada pero imposible), para al final ser considerados como forjadores de la catástrofe (la revolución al final es un desastre, como en los países del Este, o no compensa los sacrificios de unas generaciones, como se ha visto en Nicaragua).

Somos conscientes, además, de que no está en nuestra mano la posibilidad de invertir este curso negativo en lo inmediato. Eso no depende de nosotros. En el contexto de una correlación de fuerzas desfavorable para los rupturistas, no somos nosotros quienes decidimos el curso de la política radical y revolucionaria, ni quienes podemos influir de forma sustancial en el necesario cambio de ideas.

Sin embargo tenemos un papel que jugar en el movimiento radical y revolucionario vasco. En el mantenimiento de todo lo que es resistencia y en el desarrollo de una ética social de emancipación; en la forja de una voluntad de corredor de largo aliento. En ese empeño se van a poner a juego capacidades de resistencia, imaginación y habilidad para mantener en pie todo tipo de luchas. Y sobre todo, para reinventarnos la utopía, la esperanza de la revolución y descongelar un pensamiento atrapado en no pocos dogmatismos.

Para ello contamos con nuestro inconformismo, una capacidad de reflexión y de reciclaje, y sobre todo, con la propia realidad, que nunca es de una sola cara (ni cuando soplan los vientos a favor, ni cuando soplan en contra). Y la realidad es que dentro de la sociedad vasca (que sigue siendo de las mas dinámicas dentro de una Europa ate-

nazada por la ola conservadora) surgen valores, conflictos sociales y movilizaciones populares que nos animan a mantener unos ideales emancipadores y a luchar por ellos. La existencia de un amplio sector radical con manifestaciones y sensibilidades de contenido muy diverso es el cauce por el cual podemos seguir discurriendo. Alimentándolo con nuestro esfuerzo y alimentándonos de él.

Por estas razones, si hemos de ser lúcidos para ver la dura realidad que nos rodea, también lo hemos de ser para no menospreciar las posibilidades existentes de resistencia derivadas de muchas voluntades movilizadas.

III

Mirando al futuro

**Por la liberación nacional de Euskadi.
Por la plena emancipación de
sus hombres y mujeres**

Toda nuestra política parte de un supuesto: optamos por los explotados y oprimidos, por los sectores menos favorecidos de la sociedad, cuyas aspiraciones hacemos nuestras. Esa misma opción nos lleva también a pretender para el pueblo vasco un futuro en el que se haya satisfecho la liberación nacional reivindicada por el movimiento popular vasco del que formamos parte.

Expresamos, a continuación, nuestros puntos de vista sobre dicha emancipación nacional.

28. Reconocemos el ámbito territorial de la comunidad vasca que ha definido y reivindicado el movimiento nacionalista vasco: la Euskadi del «*zazpiak bat*».

La comunidad vasca tiene tras de sí una larga historia. Desde tiempos remotos, es un hecho fundado en afinidades de ascendencia, lengua, cultura y sistema político. Así como en cierta conciencia común de las peculiaridades de sus miembros respecto a los pueblos vecinos.

Pero en otro sentido es un hecho moderno, del último siglo, que se ha venido conformando gracias a la intervención de dos factores sobre todo. De un lado, por la acción nacionalista; la cual, al hacer de la reivindicación de la comunidad vasca la razón de su existencia, ha creado la propia conciencia de ser una nación. De otro, por las sucesivas crisis que ha sufrido la sociedad vasca al atravesar en este tiempo un brusco proceso de modernización bajo la política uniformadora del Estado español. Los intensos conflictos vividos por sus habitantes en estas crisis han acrecentado las peculiaridades de nuestra comunidad.

La comunidad vasca delimita el ámbito preferente de nuestra acción política.

Entendemos que la reivindicación de la nación vasca expresa a la vez varias cosas. En un sentido, supone la extensión de una conciencia social sobre la realidad de una comunidad peculiar. Pero también significa un proyecto de construcción nacional, aún sin realizar, así como la voluntad de poder plasmarlo en un futuro próximo.

29. Exigimos el reconocimiento del derecho del pueblo vasco a la autodeterminación y la capacidad de poder ejercerlo con plena libertad. Consideramos que es un derecho democrático permanente, que no se agota por ejercitarlo una o más veces. Es una condición indispensable para que el pueblo vasco sea permanentemente libre y soberano.

En lo que concierne a Euskadi Sur, reivindicar este derecho supone exigir el cambio de la Constitución española, que lo niega en su artículo 2 al proclamar *«la indisoluble unidad de la nación española»*.

La soberanía, entendida democráticamente, debe radicar en la comunidad vasca. No es por lo tanto admisible que su voluntad política sea aplastada en una consulta por la mayor población de los Estados español y francés. La misma concepción democrática nos lleva a considerar que el sujeto del derecho a la autodeterminación no puede ser mas que el pueblo real que constituye dicha comunidad en el momento concreto de su ejercicio.

Aunque al no ser viable a cortoplazo no merece la pena detenerse a precisar cómo se debería ejercer, estimamos que deben cumplirse tres condiciones al menos.

Debe expresar la voluntad de toda la comunidad vasca sobre su futuro nacional. Lo cual exige realizar un referéndum de autodeterminación, en el que se plantee la posibilidad de constituir una comunidad política independiente de los Estados español y francés.

En segundo lugar, que dicha consulta pueda hacerse en plena libertad, sin ingerencias ni presiones externas a la colectividad vasca.

Y, finalmente, que antes de realizarse, el pueblo vasco viva un cierto tiempo liberado de los principales factores de imposición estatal que pesan sobre él.

30. Entre de las diversas opciones posibles acerca del futuro político del pueblo vasco, nos manifestamos en favor de la independencia nacional.

Entendemos que la independencia es la alternativa más conveniente a un largo conflicto histórico que ha demostrado la incapacidad del Estado español (y francés) para ofrecer una unidad política en la que los hombres y mujeres vascos vean satisfechas sus aspiraciones nacionales. Tal vez una reforma federalista del Estado, en el caso de poder darse y de tener intención de respetar los derechos nacionales atenuaría las actuales tensiones. Pero pensamos que la resolución de los problemas nacionales del pueblo vasco tiene un marco más favorable en la ruptura con el Estado que en su reforma. Así lo aconsejan la inercia centralista y el acendrado españolismo demostrados por el Estado bajo regímenes de distinto signo (y otro tanto puede decirse del Estado francés) en el último siglo.

Nuestra concepción de la independencia no está vinculada a la necesidad de una existencia nacional autocentrada. Ni tampoco a la voluntad de crear un nuevo artefacto estatal, que siempre alimenta fuertes tendencias a desarrollar la burocracia y a la concentración del poder.

La concebimos, por el contrario, como una situación de no subordinación respecto a poderes exteriores al pueblo vasco, en un cuadro de relaciones internacionales muy distinto del actual. Cuadro que exigiría el reconocimiento del poder de autogobierno a los pueblos que lo reclaman.

Consideramos, por otra parte, que ese poder propio ha de parecerse poco al de los actuales Estados. Ampliamente descentralizado y desconcentrado, ha de descansar lo más posible en la sociedad civil.

Propugnamos, finalmente, una concepción una concepción solidaria de la independencia. Una solidaridad indispensable en un mundo necesitado de la asociación y la cooperación entre los pueblos. La solidaridad ha de manifestarse especialmente con los pueblos más próximos, con los cuales compartimos fuertes vínculos históricos, culturales y sociales.

31. Pretendemos que Nafarroa se incorpore, junto al resto de Euskal Herria, a un ámbito político vasco. La consumación de este anhelo supone haber ganado la voluntad de su población y su libre identificación con un proyecto vasco común. Visto desde las actuales circunstancias de fuerte división social respecto a esta cuestión, la presencia de Nafarroa habrá de estar avalada por una voluntad mayoritaria de sus ciudadanos y ciudadanas claramente manifestada

en cualquier caso. Somos partidarios, asimismo, de reconocer sus peculiaridades dentro de la comunidad vasca y su derecho a reivindicar y mantener para sí cuantas especificidades considere convenientes. En un proyecto descentralizado como el que propugnamos, ni ese ni otros similares que pudieran plantearse tiene por qué convertirse en un problema político.

Fundamentamos esta posición en múltiples razones. Del pasado y del presente, políticas y sociales, culturales y lingüísticas, económicas y demográficas. La consideración de todas ellas nos lleva a concluir que la incorporación navarra a un proyecto vasco común es la opción más conveniente tanto para el pueblo navarro como para el resto del pueblo vasco. Por ello mismo va en contra, obviamente, tanto del Estado español interesado en mermar el alcance del proyecto nacional vasco, como del interés de las clases que detentan el poder en la sociedad navarra y temen perderlo.

32. Al igual que en el caso navarro, y con similares razones, aspiramos también a que Euskadi Norte se incorpore a un ámbito político común junto con el resto de Euskal Herria.

Por ello, exigimos al Estado francés el reconocimiento de su derecho a la autodeterminación, de manera que la población de Euskadi Norte pueda manifestar libremente su voluntad nacional.

Tenemos en cuenta en lo relativo a la acción política nacional las marcadas diferencias existentes en el presente, derivadas de la desigual situación del movimiento de reivindicación nacional en una y otra parte de Euskadi. Y, desde esa constatación obligada, estimamos que es preciso empeñarse en un apoyo solidario a su lucha nacional. A su afirmación frente al Estado francés. A su exigencia de un reconocimiento político de la nacionalidad vasca, del euskara y de la cultura euskaldun. Al esfuerzo conjunto de constituir en lo inmediato instituciones comunes (reconocidas por ambos Estados) en las áreas más urgentes y amenazadas, sobre todo en las lingüísticas y culturales.

33. El euskara es una lengua exclusivamente de los vascos y carece de otro territorio que esta Euskalherria. Encarna la mayor peculiaridad lingüística y cultural del pueblo vasco y es el signo por excelencia de su diferencia nacio-

nal respecto a otros pueblos. Es un dato sustancial de la nacionalidad vasca y su contribución más singular al patrimonio cultural de la humanidad.

Por eso, entre otras razones, no podemos permitirnos que el euskara retroceda más y desaparezca. Ni podemos admitir su situación actual de lengua subalterna respecto al castellano y el francés.

Estas últimas son también lenguas del pueblo vasco. Pero es evidente que no requieren de ningún estímulo especial, pues cuentan a su favor con un potencial incomparable de hablantes y de recursos, aparte del impulso que reciben de los Estados español y francés. Mientras que el euskara, por su situación de discriminación y desigualdad, consideramos que debe ser un objetivo prioritario de la política lingüística y cultural de los poderes públicos.

Propugnamos la euskaldunización de toda la sociedad vasca. Que implica proponerse conseguir la normalización del euskara en toda la vida social vasca y, en especial, en la propia comunidad euskaldún. Por euskaldunización entendemos, asimismo, que el euskara llegue a ser un patrimonio común de la sociedad vasca, un bien cultural de cada uno de sus hombres y mujeres y un vínculo de comunicación de toda su población.

Tenemos en cuenta que el futuro del euskara está abierto, para bien y para mal. Y que depende en última instancia, más que de la acción institucional, de las respuestas en uno u otro sentido de toda la sociedad civil y, especialmente, de la propia comunidad euskaldún. Por eso hemos de insistir, en particular, en el esfuerzo sostenido e ingente en favor de la euskaldunización que nos toca hacer a las generaciones actuales. Y en la necesidad de ganar los apoyos sociales precisos para esa política.

Superar las desigualdades que padece, extenderlo a toda la sociedad y a todo el territorio, convertirlo en una lengua de uso social normalizado en todos los órdenes, etc., no son objetivos realmente asequibles mientras la mayoría de la población no consienta en remover su comodidad lingüística y no contrarreste la inercia a hacer del castellano la lengua dominante de hecho. Y esa es una batalla, eminentemente política, que aun no se ha librado. Nuestro deseo es que pueda hacerse cuanto antes y que se resuelva en favor del euskara.

Sin entrar en el detalle de las políticas requeridas para caminar en esa dirección, nos interesa apuntar algu-

nas de ellas. En Nafarroa y Euskadi Norte hay que conseguir la oficialidad del euskara en la totalidad de ambos territorios. Más en general, es preciso un plan urgente que trace los objetivos más inmediatos de la euskaldunización y la dote de recursos financieros suficientes. En la enseñanza, y sobre todo en la red transferida, aparte de perseguir su extensión y una mayor calidad, nuestro deseo es que no queden bolsas escolares de castellanoparlantes monolingües. Hace falta un tratamiento de choque en áreas de gran prestigio social y culturalmente vitales: Universidades, medios de comunicación, administración, espectáculos artísticos, etc., en los cuales el euskara se halla en situación de subordinación e inferioridad. La euskaldunización ha de seguir ritmos más intensos y apuntar hacia objetivos más ambiciosos en determinadas situaciones. Así, las localidades o zonas, que reúnen unas condiciones sociales más favorables para que el euskara se convierta dentro de ellas en la lengua de uso predominante en las relaciones sociales (lo que ya se están proponiendo en cierto modo los ayuntamientos que se declaran monolingües).

34. Nuestra concepción de la identidad colectiva del pueblo vasco descansa en dos preocupaciones básicas, en parte complementarias y en parte contrapuestas entre sí.

De un lado, en la sensatez de reconocer la propia pluralidad de la comunidad vasca. De ahí la conveniencia de plantear una política de integrar y de sumar en vez de excluir o uniformar. No creemos que es posible ni aconsejable propugnar una manera «total y unánime» de ver y sentir la nación vasca en una sociedad tan compleja y plural como la nuestra. Afirmamos, por el contrario, que no hay ni debe haber un patrón codificado de lo vasco, al que atenerse, y que lo vasco no puede ser patrimonio exclusivo de nadie. A propósito de esto, reconocemos lo que es evidente en la realidad: la existencia de múltiples maneras de ver y sentir lo vasco, aunque muchas de ellas no las compartamos o sean muy contrarias a las nuestras.

De otro, descansa en nuestra identificación con un movimiento popular de afirmación nacional frente a la política uniformadora de los Estados y en la voluntad de contribuir por nuestra parte al esfuerzo colectivo de construir la nación vasca.

En este sentido, creemos que es oportuno destacar en el presente unos rasgos básicos en cuanto al asunto de la

identidad colectiva del pueblo vasco. Primero, su ámbito comunitario o territorial, los siete herrialdes en relación con la perspectiva de integración europea, y la totalidad de Euskadi Sur en lo que hace al Estado español. Segundo, la heterogeneidad de la comunidad vasca en todos los sentidos, renunciando a pensar este dato como una deficiencia nacional. Tercero, la necesidad de un esfuerzo de toda la sociedad en favor del euskara, de la cultura euskaldun y de la euskaldunización de la población vasca. Y, por último, la necesidad de crear símbolos, valores, formulaciones nacionales, etc., más adecuados a las realidades sociales y culturales de la comunidad vasca actual.